

muy fuerte. En todo caso yo entraré, y ustedes guarden el mayor silencio, y esperen.

El padre y Mariana entraron: Teresa como si le hubiera acometido un mal, se retorció en el lecho, abría por intervalos los ojos, y quería con las manos como sacarse alguna cosa que le oprimía el pecho.

—Le quitaremos el emplasto.

—No, no, esperemos un momento, —contestó el padre.

En efecto, á los cinco minutos aquella agitación cesó. Teresa cerró los ojos, y se dejó caer por última vez en los almohadones.

Mariana y el padre se acercaron.

—¡Muerta!

—¡Muerta!—contestó el padre en voz baja, poniéndose se pálido,—pero no hay que decir nada; Arturo y Bolívar matarían á la vieja. Recemos.

Mariana encendió una vela de cera bendita, y ambos, arrodillados delante de la cama, comenzaron á rezar en voz baja, y á derramar abundantes y silenciosas lágrimas.

## CAPÍTULO XIX

### Tres contra treinta

**P**OBRE Teresa! Cuando una esperanza dorada iluminaba un momento los umbrales de su tumba, la muerte tenaz, perseguidora de todo lo bello, de todo lo grande, de todo lo espléndido en la tierra, vino á tocarla con su mano inexorable y fría. Las flores, las mujeres hermosas, los valientes guerreros, los filósofos, los sabios, todo á su vez es sumergido y arrebatado por la muerte. En pos también del capitán, quiere que los que iban á ser esposos felices, tengan, como Julieta y Romeo, sus fiestas nupciales en la incomprensible eternidad.

Luego que salió el capitán de la puerta de la hacienda, al llamado, según recordará el lector, de una carta anónima, cuya letra no pudo reconocer, dió dos azotes al caballo, y á escape tomó la calzada que conducía al camino real de San Luis. Habría andado cosa de un

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. A. N. I.  
 CAPILLA ALFONSIANA

cuarto de legua, cuando de una *mota*, como llaman los rancheros á los grupos de arbustos, salieron dos hombres; uno de ellos tiró el lazo al capitán, y otro al mozo José, con tan buen éxito, que antes que uno y otro pudiesen meter mano á sus armas ya habían caído al suelo. El caballo de José, que era todavía bronco y de dos riendas, asustado brincó, tiró algunas coces y echó á correr, pero de otra *mota* salió un tercer ranchero, lo lazó, y lo condujo al grupo. El caballo de Manuel, noble, manso y bien enseñado, apenas sintió que caía el jinete cuando se sentó sobre los cuartos traseros, abrió sus anchas narices, y comenzó á mirar espantado á su amo á los que le rodeaban.

Manuel no se lastimó gravemente con la caída, pero la sorpresa y el golpe lo atarantaron de pronto; los rancheros se echaron sobre él y sobre su criado, los amarraron fuertemente de las manos, les vendaron los ojos con un pañuelo, y con otro les taparon la boca, y en seguida los subieron de nuevo en los mismos caballos, y mandándolos de la rienda, se separaron inmediatamente del camino real, echando á andar por las sementeras y potreros. Toda la mañana caminaron á buen paso, y el capitán, por el viento y el sol que ya le daba de costado ya de frente, conocía que mudaban á cada momento de dirección. El camino había sido plano, y sólo interrumpido por algunas zanjas angostas, que seguramente dividían los potreros; pero después comenzaron á subir y bajar cuestras; por lo que Manuel reconoció que acababan tomando veredas y senderos extraviados, marchaban con dirección á Zacatecas. Después que pasaron el susto, la emoción y el atarantamiento, se puso á reflexionar en la aventura.

—De seguro,—decía,—si estos hombres fueran ladrones, me habrían robado las armas; el reloj y el caballo y dejado atado á un árbol. No puede ser esto más que una sorpresa de ese bribón que estaba de administrador, y á quien hice muy mal, á pesar de la intervención de Teresa, de no haberle volado la tapa de los sesos. ¿Qué designios tendrán estos hombres, interesados en robar los intereses de Teresa? ¿Cuál será la venganza que preparan? Eso es lo que pronto sabré, pues parece que hemos caminado recio, y alejado de los lugares donde yo podría encontrar auxilios.

Estas y otras reflexiones, que en verdad eran exactas, hizo el capitán, mas la fatiga y el hambre lo pusieron después en un estado de violencia y desesperación difíciles de describir.

—Prisiones, intrigas, naufragios... el infierno se ha conjurado contra mí, y lo que siento es haber contagiado con mi mala estrella á la pobre Teresa, á esa criatura tan llena de belleza y de virtud. Si yo hubiera seguido mi vida de soldado, no tendría un cuarto, es verdad, pero sin pesares, sin compromisos, andaría de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, enamorando á todas las patronas, adquiriendo los mejores caballos, y mandando en jefe, por lo menos, un cuerpo de caballería... En fin, mi impaciencia y desesperación llegan á su colmo, y por toda salida desearía que estos bandidos me dieran mis pistolas, para romperles la cabeza con una, y con la otra acabar con una vida que parece tiene encima la maldición del cielo.

Entrada la noche, la comitiva que, según podía presumir el capitán, se componía de cosa de ocho ó diez rancheros, hizo alto en el declive de una montaña y á la

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. A. N. I.  
 CAPILLA ALFONSO X

orilla de un arroyo, por donde corría, entre grandes masas de granito, una pequeña cinta de agua cristalina y fresca. Hicieron que José y el capitán descendieran del caballo, les quitaron la venda de los ojos y de la boca, y les aflojaron las ataduras de los brazos, lo bastante para que pudieran hacer uso de ellos.

—Con mil diablos,—dijo el capitán con una voz de trueno,—no soy un niño de la escuela, para que se me asuste con todo este aparato. ¿Qué se quiere de mí? ¿Qué es lo que se trata de hacerme? ¡Con mil truenos! yo no tengo paciencia, y si se trata de asesinarme, que sea pronto, y no hay que pensarlo.

Uno de los rancheros se acercó riéndose en tono de mofa, y el capitán le metió un puño en el pecho.

—No hay que venir aquí con burlas y con insultos, canalla: si tienes pistolas, dispáralas, y acabemos.

Los rancheros que lo rodeaban, retrocedieron, y no se atrevieron á contestarle; pero el que había hecho el intento de burlarlo, se acercó de nuevo.

—*Algame*, ¡y qué valiente se nos ha vuelto el amo entre las uñas! No hay *cuidiao*, amo, ni el pelo de la pa se le tocará, y no hay que enojarse porque un perrito se ríe.

Y acercándose más.

—Mi capitán,—le dijo al oído,—mucho cuidado, porque lo quieren matar, pero aquí estoy yo, y soy agradecido.

Y después, fingiéndose de nuevo el ranchero burdo, haciéndose el gracioso, continuó riendo á carcajadas, mofándose de Manuel. Este, en cuanto escuchó las palabras amistosas del ranchero, con la última luz del púsculo procuró observar su fisonomía, que no le

desconocida en verdad, pero no podía recordar dónde y cómo lo había visto la última vez.

Cuando acabó de oscurecer, la caravana se dispuso á pasar allí la noche: aflojaron las sillas á los caballos, los ataron á corta distancia, donde había un poco de pasto, y recogiendo ramas secas, encendieron una lumbrada, se sentaron al derredor de ella, y se pusieron á asar unos trozos de carne. A Manuel lo colocaron á alguna distancia, advirtiéndole que no hablase, y dejándole un centinela con pistola en mano, con orden de dejarle ir el tiro, si trataba de escaparse. Al mismo tiempo el rancheiro burlón y payaso, que le había hablado al oído, presentó á Manuel tres *gordas*, un trozo de carne y un *guaje* con agua fresca del arroyo.

—El amo, después de cenar, no estará tan valentón ni tan *ansí*, como si dijéramos que nos quería echar el caballo encima... Al fin nosotros somos mandados, y ni quitamos ni ponemos. No hay que moverse,—continuó en voz baja,—ni que hablar: dos días tenemos que caminar, y entonces es menester hacer una de *mero* hombre. Yo avisaré.

Manuel tomó su carne y sus *gordas*, y se quedó mirando de nuevo á su protector. Con la luz del fogón que reflejaba en su fisonomía, pudo recapacitar bien, y examinarlo detenidamente.

—Sí... sí, en efecto, el mismo,—exclamó en voz baja, y como hablando consigo mismo:—fué en el camino de Puebla... Cabal... cabal... estaba herido... Ni duda, es *Ojo-de-Pájaro*, el mismo que desertó de mi regimiento, á quien yo apreendí, y á quien, condenado á muerte, le proporcioné la fuga, y le salvé la vida... En efecto, la cicatriz en la frente... Cabal, y ahora recuerdo que pro-

metí contar á Juan Bolao la historia de este hombre, jamás hemos vuelto á hablar de él... ¡Bah! es menester paciencia en los trabajos y serenidad en los peligros. Seguramente las oraciones de Teresa han hecho que Dios me depare este hombre para que se salve mi vida... Veremos.

Ojo-de-Pájaro dirigió algunas chanzonetas al capitán y al rancharo que tenía de centinela y se alejó á continuar, en unión de sus compañeros, la cena alegre y campestre que habían comenzado al derredor de la hoguera.

Cosa de una hora después se escuchó el tropel de unos caballos: dos rancharos, que tenían de propósito sus caballos listos, montaron y se adelantaron á hacer un reconocimiento: los demás se pusieron en pié y prepararon sus pistolas. Un silbido se escuchó á lo lejos, que fué contestado inmediatamente por los rancharos, y un poco los nuevos viajeros llegaron apeándose junto á la lumbrada. Un hombre embozado hasta los ojos con un fino jorongo del Saltillo parecía que era el amo ó jefe de esta banda. Todos se quitaron el sombrero y desahucieron á tomar el estribo y la rienda de su caballo.

—¿No ha habido novedad ninguna?

—Ninguna, señor amo,—contestó uno que parecía ser el segundo jefe.

—¿No se ha resistido el hombre?

—No, señor.

—¿No ha dicho nada?

—Cuando le quitamos la venda echó unos cuantos retobos; pero desde entonces se ha callado.

—¿Le han dado de comer?

—Unas gordas y un poco de carne.

—Es bastante. ¿Ya se durmió?

—Lueguito que le cayó la comida en el *istógamo*,—dijo Ojo-de-Pájaro,—se tiró debajo de aquel árbol y está ya roncando como un marrano.

Manuel oyó esta conversación, y siguiendo la indicación indirecta de Ojo-de-Pájaro, fingió que dormía profundamente.

El jefe de la banda pidió una maleta que estaba atada en las ancas de su caballo, la abrió y sacó un poco de queso, un frasco de aguardiente y se puso á cenar los mejores trozos de ternera que los demás le habían reservado y que se apresuraron á presentarle, permaneciendo en pié con el mayor respeto.

El capitán, que desde el árbol debajo del cual estaba acostado observaba cuidadosamente, reconoció en el jefe de la banda á D. Jacinto, el administrador de la Florida.

—Sin duda,—dijo,—este hombre me lleva á un lugar muy apartado de las poblaciones para asesinar-me: es necesario que me revista de toda mi energía para sobreponerme á este peligro... Pensemos.

El administrador, luego que acabó de cenar, se fué á acostar al pié de su caballo en las armas de agua y jorongos que sus criados le habían dispuesto. Todos los demás, con excepción de cuatro que quedaron en vela cuidando los caballos y al prisionero, hicieron lo mismo, de manera que á cabo de una hora reinaba en el campo un profundo silencio, que sólo era interrumpido por el aullido de los coyotes y de los tigres que pretendían acercarse á devorar los caballos. Manuel, rendido de cansancio y fatigado con tantas emociones y tan encontrados pensamientos y adolorido su cuerpo con el golpe

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. A. N. I.  
 CAPILLA ALFONCINA

que recibió, cerraba los ojos involuntariamente, pero procuraba no dormirse temiendo que el malvado administrador se acercase en silencio y le diese de puñaladas; pero al fin tuvo que sucumbir al imperio de la naturaleza y, sin quererlo ni sentirlo y á riesgo de perder la vida, se quedó profundamente dormido.

## CAPÍTULO XX

## Derrota completa

**H** juzgar por el reflejo amarillo pálido de la hoguera, que no dejaron de atizar los rancheros que quedaron de guardia, serían cosa de las tres y media de la mañana cuando despertó á Manuel el ruido de las voces, armas y caballos. Todos los que componían esta extraña comitiva estaban ya listos y montados y no tardaron en amarrar á nuestro capitán y á José como el día anterior; pero no les vendaron los ojos ni les taparon la boca. Pusiéronse en camino y comenzaron á subir por un sendero estrecho una alta cuesta llena toda de arbustos y de magueyes pequeños que llaman los campesinos lechuguilla.

Entre tanto caminan por la aspereza de los montes, digamos dos palabras de uno de nuestros personajes, á quien hemos olvidado; pero que no por esto deja de

hacer un papel importante en estas aventuras: este personaje es Martín, el asistente del capitán. Estaba ocupado en la hacienda de la Florida en limpiar sus armas y montura, con tanto cuidado y exactitud como si estuviese en la cuadra del cuartel, cuando llegó á su noticia el inesperado suceso de la desaparición de su jefe. Sin hacer escándalo ni obrar con precipitación se informó lo mejor que pudo de lo que había acontecido, ensilló el más ligero y más fuerte caballo de la hacienda, cargó con doble bala sus pistolas, tomó un par de buenas reatas, llenó su cartuchera de parque, el morral de cebada y la maleta con algún bastimento y cigarros y, como si fuese á emprender la dilatada campaña de Texas, salió de la hacienda sin decirle á nadie una palabra; pero jurando en su interior que no volvería á presentarse á la niña Teresa si no traía á su capitán muerto ó vivo. En vez de correr precipitadamente, como lo hicieron Arturo y el padre Anastasio llevando tras sí multitud de mozos, que levantaban una nube de polvo y vagaban en todas direcciones sin formar plan alguno, Martín, que había nacido en la frontera y era un rancharo habituado desde sus primeros años al campo, en cuanto salió de la puerta de la hacienda comenzó por reconocer las huellas de los caballos del capitán y de José, que siguieron sin interrupción hasta que llegando á una *mota* se confundieron.

—Aquí hay mácula,—dijo Martín apeándose del caballo;—es menester registrar bien la tierra.

Martín, inclinándose y reflexionando sobre cada una de las señales que veía sacaba sus instrumentos de luz, fumaba y se ponía á pensar, sin dejar de ver por todos los vientos con su pistola preparada en la mano

Así que revisó bien todo el trecho del camino, volvió á montar á caballo y dijo:

—Ahora sí, ya caí en la cuenta: aquí tres ó cuatro hombres han lazado y arrastrado á dos que iban por en medio de la calzada: éstos no pueden ser más que mi capitán y José, el vaquero: los lazadores salieron de detrás de esta mota, porque todas las ramas están quebradas. No hay ni una gota de sangre, ni pedazos de ropa, ni ningún otro rastro que indique que mi capitán ni José han sido heridos ó estropeados... Veamos por dónde se fueron.

Martín buscó, y encontró en efecto, el paso de la zanja y siguió ya sin trabajo por los potreros la dirección de los fugitivos, con tan buen éxito, que á la media noche descubrió la lumbrada. Ató su caballo á un árbol, se echó á andar á pié y, agazapándose entre los matorrales y peñascos, llegó hasta el campamento y pudo á cierta distancia reconocerlo; volviendo donde estaba su caballo contento del resultado de su expedición. Su primer pensamiento fué llegar á un pueblo cercano, pedir auxilio y sacar gente; pero, como buen rancharo, reflexionó que en los caminos duros y peñascosos era muy difícil seguir las huellas y que, por otra parte, si los que se habían llevado á su capitán tenían, como era de suponerse, malas intenciones, de seguro no tardarían en seguir en marcha para aprovechar la oscuridad y no caminar de día sino por lugares desiertos: así se afirmó más en sus ideas de no perder de vista á su jefe, no quedándole duda que estaría entre la banda de rancharos que había visto acampada. Acercóse, pues, con precaución, subió un poco por la montaña y se colocó en un punto donde, sin ser sentido, podía observar la direc-

CAPITULA ALFONSIANA  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 U. A. N. J.

ción que tomaban. Luego que sintió el rumor de la marcha se apeó del caballo, aplicó el oído contra la tierra y volviendo á montar dijo con la mayor seguridad:

—Ahora ya se por qué rumbo van: al amanecer los tendré á la vista y ellos no me verán á mí, porque estaré en lo alto del cerro.

En las primeras horas la marcha de la comitiva, que muy de cerca seguía Martín, fué difícil y silenciosa. Al amanecer, en efecto, los que la formaban iban por una ladera y Martín estaba ya en la cumbre de la cuesta cubierto perfectamente con los peñascos y matorrales. Todo el día caminaron por lugares enteramente desiertos. Apenas á lo lejos observó el capitán un muchacho que apacentaba sus cabras y una choza de donde desprendía una columna de humo. Habría dado Manuel la fortuna, que ya poseía, por hallarse libre y quieto en la pobre cabaña que de lejos divisaba perdida entre las asperezas de aquellas sierras inaccesibles. A medio día y sin apearse ninguno del caballo, comieron tres ó cuatro tro gordas y bebieron unos tragos de agua de las que llevaban en las guajes, que habían tenido cuidado de llenar en el arroyo.

Ojo-de-Pájaro, que parece era el proveedor ó despensero de la tropa, se acercó al capitán á darle su frasco de alimento: con este motivo tomó el cabestro del caballo dando al guía su ración, el cual con el mayor placer puso á devorarla. Aprovechando esta ocasión se desviaron poco á poco del centro de los rancheros que los rodeaban.

D. Jacinto, con una parte de la escolta, venía detrás á cierta distancia. José había hecho ya con-

miento con uno de los rancheros, que era de Rio-verde, y esto le había valido que le aflojaran las ligaduras y que le diesen de comer cuantas gordas y trozos de carne quería.

—Creo que mi capitán me conoce,—dijo Ojo-de-Pájaro sin voltear la cara y tirando siempre del cabestro con que estaba atado el caballo de Manuel.

—Perfectamente: tú eres Blas Contreras, aquel soldado tan valiente del batallón de Toluca que en el rancho de Posadas saltaste solo, con bayoneta calada, una cerca donde había diez granaderos y mataste á unos é hiciste correr á los demás.

—El mismo, mi capitán; pero dejaremos para otro día el platicar de eso; lo que importa es que yo diga á mi capitán lo que ahora pasa. Como, aunque estaba herido, me escapé en el camino de Puebla de manos de los vecinos de Amozoc, quise mudar de vida y ser hombre de bien y me vine á México á curar. El primer día que salí á la calle me encontré con mi teniente Almaraz, que primero quiso darme de palos y llevarme al cuartel; pero, como es de buen corazón, concluyó por darme un resguardo y un papel de conocimiento. Me metí á servir y estuve en casa del conde del P\*\*\* y en casa de la marquesa de S\*\*\* y me porté bien, hasta que fuí á la calle Nueva, núm. 20, á servir á una señora muy bonita que se llama D.<sup>a</sup> Florinda y tiene una niña que le dicen Carmela y un niño chico: creo que son sus hijos. Esta señora todas las noches antes de acostarse cerraba las puertas con mucho cuidado, quitaba un mueble de junto á la pared y sacaba una cajita con muchas alhajas. Yo por curiosidad la espíe y me dió tanta gana de cogerme las alhajas... pero... ya acabaremos: D. Jacinto viene á

galope y los compañeros parece que observan que nos tucamos.

Ojo-de-Pájaro se ladeó en la silla como hace la gacela del campo para descansar y comenzó á chiflar el «Carra-lo» y otros sonecitos del país.

D. Jacinto, que, como había dicho muy bien Ojo-de-Pájaro, se aproximaba á galope, montaba un caballo *mojino*, de siete cuartas, fino, ligero y lleno de brío. Estaba vestido de gamuza color de yesca, y su sombrero blanco tendido tenía muchos y muy pesados adornos de plata. Luego que se acercó más dió un azote al mojó y de un salto se puso junto al capitán rozándole con la rodilla. El capitán volvió la cara y lanzó una mirada colérica al rancho.

—¿Me conoce, amo?—dijo D. Jacinto encarándose con Manuel y *arriscándose la lorenzana* del sombrero.

—Si te hubiera dado un balazo el día que te atreviste en la hacienda á faltar al respeto á tu ama, no me traerías ahora por estas sierras.

—Parece que el amo está todavía medio *josco* y más, ¿quién sabe cómo, y ya le bajaremos esos *jumos*.

Al decir esto, Jacinto levantó la mano y dió un golpe al capitán en la boca que le hizo brotar la sangre.

—¡Mil rayos, mil centellas te partan, bandido!—gritó el capitán:—si me desataras, con todo y tus pistolas, ahogaría con sólo mis manos.

—¡Mire qué delicado!—continuó Jacinto riendo:—¿un cariño de amigo que le hice, se queja como un jirón? ¿No se acuerda que cuando estaba en San Luis con el escuadrón los sargentos, á los *probes* rancheros que cogían de leva, los llevaban á varazos al cuartel? Pague á Dios lo que hacen estos condenados soldados *jijos* de Satanás.

—Yo nunca he mandado dar de palos,—replicó Manuel con tanta firmeza y decisión como si estuviera en medio de sus soldados;—ni mucho menos he ultrajado á nadie atándole antes las manos; pero te juro que si tú no me matas, como creo que es tu intención, te he de colgar en el mismo patio de la hacienda donde te atreviste á maltratar á tu ama.

Jacinto soltó una estrepitosa carcajada y, picando su caballo, se adelantó á galope para rodear un poco, y evitar un paso difícil que había por la vereda recta que seguían. Apenas se alejó el facineroso cuando Ojo-de-Pájaro volvió á entablar la conversación.

—Ahora sí estoy decidido, mi capitán: veo que es lo mismo que siempre, todo un hombre, y le aseguro que le ayudaré á colgar á ese hijo del demonio, aunque no sea más que por la cobardía con que ha insultado á un hombre amarrado y la mala partida que me ha hecho.

Manuel, á quien ahogaba la rabia, recogía con ansia las palabras de Ojo-de-Pájaro.

—Habla, habla presto antes que estos miserables se acerquen. Serás rico, muy rico, si salimos bien de este paso.

—Pues como decía, mi capitán, un día que la señora y los niños salieron á la calle y que la cocinera se fué también á traer el *recaudo* á la plaza, busqué la cajita de las alhajas, me la guardé en la bolsa, salí de la casa y hasta ahora ojos que te vieron ir. Dió mi desgracia que un amigo y yo, andando tierras, vinimos á dar con este D. Jacinto, que protegía á los de nuestra profesión... pero lo mejor se me olvidaba, la cajita contenía, entre otras cosas, el fistol que su merced le quitó en el camino de Puebla al capitán que nosotros llamábamos el *Plate-*

ro, y que mató aquel muchacho *gachuzo*, tan valiente que también me dió á mí un trabucazo que hasta ora me sabe. Pues el D. Jacinto, á quien dimos á guardar nuestras prenditas, se las ha cogido y de *pilón* me tiene como un esclavo, porque dice que el día que no hayo lo que él quiera me denunciará ante la justicia y me ahorcarán... Ya ve mi capitán que es necesario que nosotros lo *horquemos* antes; pero me parece la cosa *alagpicuda* y podremos perder el pellejo; mas no importa, si mi capitán quiere estoy resuelto á rifarme; pero... silencio, que ya nos vamos á juntar otra vez con él.

En efecto, el sendero difícil había terminado y toda la caravana se reunió en la bajada de la cuesta y á la entrada de un intrincado laberinto de montecillos, pedruscos y barrancas, que poco á poco se iban estrechando y formando lo que generalmente llaman los viajeros un puerto. Ojo-de-Pájaro se acercó á D. Jacinto y, quitándose el sombrero, le dijo:

—Señor amo, yo soy *ansi* y no me gustan las cosas medias. De verdad que este catrín que traigo jalando dice cosas de su merced que no se pueden aguantar. Su merced me da licencia *orita* le echo un lazo y voy yo que no peso una onza.

—Ponte tu sombrero y deja que ladre el perro, que fin no puede morder. Ya se le llegará su día de San Juan. Por ahora es menester andar un poco recio, hasta que lleguemos á la salida del puerto del Ahorcado y allí acabará nuestro viaje.

Todos los que componían la comitiva apretaron el paso y en breve una nube de polvo envolvía á esta balgada silenciosa: en la tarde hicieron alto á la salida del puerto. La sierra se abría de una manera majestuosa é imponente y presentaba un vasto anfiteatro lleno de paisajes, ya risueños y pintorescos, ya salvajes y agresivos. Apenas como unas líneas blancas se veían trazados los caminos en los costados de la multitud de lomas que de un lado y otro se presentaban á la vista. Hicieron alto al pié de una montaña donde había tres ó cuatro cuevas. Trataron á Manuel con las mismas precauciones que el día anterior y comenzaron á hacer sus preparativos para encender la lumbre y disponer la cena.

Manuel se recostó en la entrada de la cueva donde se colocaron, esperando por momentos que llegase Ojo-de-Pájaro á continuar su conversación; pero en vez de éste fué D. Jacinto el que se le presentó con aire resuelto y amenazador.

—Retírate á un lado, Pascual,—le dijo al rancharo que estaba de centinela.

El rancharo obedeció y entonces Jacinto se acercó más.

—Mire, D. Catrín, podemos todavía ser amigos y yo olvidaré los estrujones que me quiso dar en el patio de la hacienda.

Manuel se propuso tener paciencia para ver si lograba en lo posible saber las intenciones del rancharo, y contestó:

—Bien, habla. Yo no sé para qué me has traído aquí, ni qué es lo que quieres.

—Pues sepa que yo soy coronel de provinciales y que tengo la orden para perseguir á todos los ladrones y á todos los revolucionarios.

—No sé qué tenga yo que ver con eso,—le interrumpió Manuel;—al grano y dime cómo podemos ser amigos.

—No sé qué tenga yo que ver con eso,—le interrumpió Manuel;—al grano y dime cómo podemos ser amigos.

El amo D. Pedro, que es mi único amo, ya tenía sus malicias que un día u otro había de venir por la hacienda un capitán, y ese capitán es usted. Con esto me escribié, di un brinco á México y allí lo arreglamos todo.

—Como acaso estás engañado, es menester que sepas que la hacienda es de la señorita Teresa, que D. Pedro es únicamente su tutor y que así todo lo que te mande siendo contra la voluntad de la dueña de la finca, no está bien hecho.

—¿Pues yo qué sé de eso?—replicó D. Jacinto;—después que yo entré en la Florida no conozco más amo que D. Pedro, y hablemos claro, yo soy el amo, el único amo y *naide* tiene que meterse conmigo, y además, yo avisé al general de San Luis que venía persiguiendo á unos pronunciados con una partida de muchachos. Yo escribí que alcancé al pronunciado; que se hizo fuerza que lo derroté y que murieron algunos de los que me acompañaban, y como este puerto está solo y no pasa ni una mosca, *naide* me podrá decir que es mentira, yo soy el general de San Luis, y el amo D. Pedro, y todos dicen que me porté bien, y yo volveré á la hacienda de la Florida.

Manuel comprendió inmediatamente el plan y la trama odiosa de que era víctima. El administrador, una vez despedido de la hacienda, fué á calumniarlo y á denunciarlo ante la autoridad de San Luis y obtuvo una de esas providencias que se dan sin meditación y sin justicia y que regularmente se ponen en manos de mandados que abusan, ejerciendo venganzas personales. La carta anónima era, en efecto, de su amigo el coronel Palacios, que desempeñaba la secretaría de la comandancia, y seguramente con un cuarto de hora de con-

versación con el comandante general todo se habría compuesto; pero el ranchero, que era ladino y malvado, previó lo que podía suceder, vió llegar á la hacienda al soldado y quiso que Manuel saliese de la casa, pero que de ninguna suerte llegase á San Luis, y á este efecto arriesgó el todo por el todo y apostó en la calzada á algunos hombres de una banda que tenía organizada, y que tan pronto eran ladrones como agentes de policía que custodiaban los caminos, ó soldados que salían á atacar las partidas de pronunciados. D. Jacinto, hombre de valor personal, de alguna capacidad, aunque brusco é inculto, sumamente audaz y con la influencia que le daba su posición como administrador, ó más bien dicho, dueño de una de las mejores haciendas del valle, era el jefe de toda esa gente y se había grangeado una consideración tal, que podía decirse que era persona de importancia. La injuria que le hizo Manuel y el modo áspero como fué despedido por Teresa, le hicieron concebir el proyecto de no descansar hasta vengarse. Salió, como hemos visto, de la hacienda, reunió personalmente su gente, que estaba á poca distancia, y denunció una conspiración, á cuya cabeza supuso que estaba el capitán Manuel, y obró con tal actividad, que, como hemos visto, en poco tiempo logró interrumpir toda las ceremonias y fiestas que se preparaban en la hacienda y apoderarse de la persona de Manuel.

—No veo que nada de lo que me has dicho,—dijo Manuel,—conduzca á que seamos amigos.

—Si quisiera usted escribir una cartita al amo D. Pedro, yo lo dejaría ir por donde Dios lo ayudara.

—¿Y qué tengo de decirle en esa cartita?

—Pos, poca cosa... que ya no quiere usted á la niña...

B. A. N. I.  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 CAPILLA ALFONSINA

que ya no se casa con ella... que yo me he portado como un buen muchacho...

Manuel, no pudiendo hacer otra cosa, sonrió amargamente.

—Con que, según veo, D. Pedro te ha enseñado bien la lección.

—Nada, yo solito la he aprendido. Si usted vive y se casa con la niña, es claro que yo jamás volveré á la hacienda... luego yo dando un buen gusto al amo D. Pedro, veo también por mi provecho. ¿Con que pone la cartita?... Piénselo hasta que nos vayamos á recoger. Tengo tintero y papel. También me pondrá otra para el general de San Luis como yo le diga... con que lo piensa y nos vemos.

Jacinto se dirigió á un grupo de rancheros, les habló en voz baja, después se dirigió á la lumbrada, que ya estaba encendida, y se puso á cenar con la mayor tranquilidad.

A poco vino Ojo-de-Pájaro con la ración de gorda y el trozo de carne y el guaje de agua fresca.

—Esta será la última cena tal vez,—dijo al capitán.

Un ligero calofrío recorrió el cuerpo de Manuel: era animoso; pero, sin embargo, la muerte cercana que esperaba lo hacía estremecer.

—Aun cuando yo tuviese la cobardía de firmar la carta que me indica este miserable, mi suerte sería la misma. Me lo ha dicho bastante claro: mi vida es un obstáculo insuperable para sus intereses. Este bribón se ha cogido la hacienda y D. Pedro lo demás. Teresa y yo estamos de más en el mundo y todo lo han combinado perfectamente para evitar el castigo.

—Mi capitán,—repitió Ojo-de-Pájaro,—aquí está

cena: si no nos amarramos los calzones, puede ser la última.

—Mira, muchacho, no quiero que expongas tu vida para nada; proporcióname una arma bien cargada, y yo lo haré todo.

—Ni la Virgen que lo permita,—contestó Ojo-de-Pájaro.—Esta noche estaré centinela hasta la media noche: es el tiempo de obrar, porque después de media noche ya será tarde. D. Jacinto tiene ya dispuestos á los que han de venir. Cuando crean que usted está dormido, entonces... yo no sé si será á balazos ó con puñales... pero lo sé bien.

—Entonces ¿qué hacer?—preguntó el capitán.

—Yo tengo una tercerola, un sable y un par de pistolas. Todo lo traeré aquí cerca, desataré á mi capitán, y haré que su caballo esté cerca. Cuando estén estos hombres dormidos, ó al menos acostados, caeremos sobre ellos, y Dios y la Virgen nos ayudarán. No hay otro remedio; pero tenga presente, mi capitán, que son treinta.

—¿Dónde dormiré D. Jacinto?—preguntó el capitán.

—Como siempre, en la orilla del camino real y debajo de su caballo.

—Bien, calla, que parece que alguien viene.

En efecto, el que se aproximaba era D. Jacinto.

—¿Ha cenado bien, amo?—le preguntó al capitán.

—Perfectamente,—respondió Manuel, disimulando cuanto pudo la emoción.

—¿Por fin, se resuelve á poner la carta?

—Mañana acaso lo habré pensado mejor.

—Es que mañana ya no estaremos aquí.

—Entonces no,—contestó secamente Manuel.

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. I.

—Como quiera, amo, como quiera: para mí todo es lo mismo. Que pase buena noche.

D. Jacinto se retiró. A cabo de dos horas el campo estaba en el mayor silencio.

Ojo-de-Pájaro cumplió su palabra, desató al capitán le dió las dos pistolas y la espada, y él se quedó con la tercerola y con una especie de maza formada de un tronco de árbol, que había encontrado por una feliz casualidad.

—Parece que todo está en silencio, y cuando mi capitán quiera, ya podemos comenzar.

—¿Pero cuál es tu plan?

—Toma, matarlos á todos, si podemos. Nos iremos arrastrando como unas culebras, y cuando estemos cerca, mi capitán con la espada y yo con este tronco de árbol, zurra que zurra: así que estén atarantados, nos aprovechamos de la confusión, montamos á caballo y en dos brincos estamos ya en el monte: los caballos están atados en esta rama: las armas de fuego para lo último.

—¿No sería mejor montar desde luego, y escaparnos?

—Ni pensarlo, mi capitán: nos alcanzarían á la bajada del puerto, y nos matarían.

—Dices bien, vamos, no hay tiempo que perder. Te diriges al grupo de junto á la hoguera, y yo á donde está D. Jacinto.

Nuestros dos hombres, en efecto, muy poco á poco rodando por la yerba; sin hacer ruido, fueron ganando terreno, y quedándose quietos y aun sin respirar. Cuando ya estuvieron á una distancia conveniente, Ojo-de-Pájaro descargó un golpe sobre el que estaba sentado junto á la hoguera haciendo su cuarto de centinela. Sin descansar redobló sus golpes contra los que estaban

acostados, haciendo volar los tizones ardiendo. A uno de los que estaban bocarriba se le ardió la camisa, comunicó el fuego á su canana de cartuchos, que se ardieron, y voló á alguna distancia, introduciéndose con esto la más horrible confusión. Todos tiraban tiros sin saber en qué dirección, y se acuchillaban mutuamente. Ojo-de-Pájaro, con su maza, derribaba cuanto se le ponía delante.

En cuanto á Manuel, de un salto se puso á donde estaba D. Jacinto; pero en el mismo momento sintió un fogonazo en la cara: el rancharo le había disparado un balazo á quema-ropa. Manuel tiró un tajo y dió en las manos al caballo de D. Jacinto, que dando tres ó cuatro saltos, fué á caer rodando en una barranca á poca distancia del camino.

En esto, una voz fuerte y como de trueno, se escuchó:

—¡Adentro, muchachos! ¡aquí está el 3.º de caballería! ¡aquí está Martín! ¡por acá, mi capitán, por acá está el regimiento!

Martín, en efecto, montado á caballo y con espada en mano, entró á la pelea dando tajos á diestra y siniestra; pero lo más eficaz fué su voz, pues al oír los rancharos que estaba allí el 3.º de caballería, corrieron unos en sus caballos, otros á pié, y se dispersaron completamente por las barrancas y montañas.

Los tiros y la vocería cesaron, y á los quince minutos de comenzada la refriega, sólo se escuchaba el quejido doloroso de algunos cuantos que habían quedado heridos en aquel nuevo campo de Agramante.